

consuélese V. y no seamos ingratos con nuestro destino, mezclando fúnebres imágenes á los dulces goces de lo presente. Ya lo ha dicho V. antes: mi hijo hará las veces del que pasó á mejor vida.

Una hora despues de esta conversacion, la marquesa emprendió el camino de su castillo, y M. Levrault entraba con aire de triunfo en el aposento de su hija.

—¡Señora marquesa, dijo á Laura el ex-mercader; abraza á tu padre!

—¡Hijo mio, decia la marquesa á Gaston, así que regresó al castillo de la Rochelandier, abrázame; ya te he proporcionado algunos millones!

X

La Bretaña habia dado do sí todo lo que prometia, puesto que la señorita Levrault era ya marquesa. El ex-mercader creía, por lo tanto, que de allí á algunos meses iba á ser presentado en la córte por su yerno, y su imaginacion le llevaba hasta el punto de figurarse que el rey le estrechaba entre sus brazos, y que le daría el título de conde. ¡El conde de Levrault! Esto sonaba mucho mejor á su oído que el título de baron, el cual le parecia ya poca cosa. Y efectivamente, ¿qué ménos que conde podia ser el papá suegro de un marqués? En cuanto á la senaduría, considerábala ya como cosa corriente, desde que el conde de Levrault entraba en el Luxemburgo como un asno en un molino. Esto, no obstante, rascábase el pobre hombre

de vez en cuando la oreja, acordándose de que el yerno le costaba un poco caro; mas se consolaba pronto al pensar que podía decir á todas horas: «mi hija la marquesa, mi yerno el marqués!» Para formarse una idea del lujo y de la magnificencia que M. Levrault ostentó en la boda de su hija, no tiene el lector más que acordarse de las bodas de Camacho. En vano habian insistido la marquesa y su hijo en que el matrimonio se verificase sin ostentacion; las fiestas duraron toda una semana. A excepcion del conde de Kerlandec y del caballero de Barbanpré, á quienes no habia perdonado el ex-fabricante su compadrazgo con Montflanquin, toda la nobleza de las cercanías asistió á las bodas, para presenciar la actitud de los la Rochelandier, y cortarles luego un buen sayo. La altivez de la marquesa era demasiado conocida en el país, para que costase trabajo adivinar cuánto debia sufrir en resignarse á la humillacion de semejante alianza.

Pero al considerar los murmuradores que aquella iba á tocar tan de cerca las talegas del ex-mercader de paños, no hubo ni siquiera uno que no deseara hallarse en el pellejo de Gaston, ni viuda que no se creyera capaz de hacer otro tanto que lo que habia hecho la marquesa; todos hubieran agotado aquel cáliz hasta las heces. La madre de Gaston, por otra parte, jamás se habia mostrado tan arrogante como en aquellos dias, y es de suponer

que el diablo no perdió nada en ello. Durante una semana, todo fué bailes, festines y partidas de caza.

M. Levrault corrió un ciervo con su yerno el marqués. Galaor, que por un privilegio exclusivo reunia á las dotes artísticas de la cigarra el talento, previsor de la hormiga, y el cual se hallaba haciendo ya sus provisiones para el invierno, no cesó de rondar en torno de la Trelade durante los ocho dias mencionados, y logró atrapar mas de una presa, mientras que el caballero de Barbanpré, asomado tristemente á una de las ventanas de su miserable castillejo, contemplaba con melancólicos ojos el Eden de donde habia sido desterrado, y en el cual se daban tan opíparas comidas. En cuanto á nuestro amigo Gaspar justo será tambien que le dediquemos algun recuerdo.

Víctima de una legislacion cuya deformidad conocen perfectamente todos los deudores, el vizconde de Montflanquin espiaba entre rejillas alguna que otra calaveradilla de su juventud, y para entretener el fastidio de la cautividad pasaba horas enteras combinando nuevas suertes de lansquenets de treinta y cuarenta. En cuanto á maese Jobois, sus traiciones y sus perfidias acababan de recibir la merecida recompensa, puesto que no solo dejó de extender los contratos, sino que, desconfiando de él M. Levrault desde su última entre-

vista, y no queriendo tener en su casa un *sans-culotte*, no le habia convidado á la boda, contentándose con mandarle una esquila de participacion. El buen hombre no presumia la atroz venganza que el bribon del notario debia tomar más tarde de este proceder poco caballeresco.

Por poco que los lectores hayan conocido el corazon de nuestros personajes, no se mecerán seguramente con la loca esperanza de que Laura y Gaston van á saborear la luna de miel en la Trelade. La estacion era, sin embargo, deliciosa, y el canto de las aves, el murmullo de los arroyuelos y el perfume de las flores de otoño, convidaba á las dulces emociones.

La naturaleza, semejante á una novia que, sintiendo su fin cercano, quiere morir ataviada con las galas de los desposorios, se habia revestido con sus mas brillantes colores, y respondia con una última sonrisa á los últimos rayos del sol. Para los jóvenes amantes hay cierta delicia en pasear, apoyándose uno en el brazo del otro, al través de los setos y de los bosques, diciéndose ternezas, contemplándose á ratos en silencio y levantando á su paso con el pié las hojas desprendidas de los árboles.

En la embriaguez misma de la pasion hay siempre un fondo de tristeza que armoniza perfectamente con la melancolía del otoño, mas todo esto

no importaba nada para Laura y Gaston. ¿De qué podian servirles en efecto el silencio de los campos y los misterios de los bosques? ¿Qué tenian que decirse? ¿Qué atractivos podian retenerlos allí? ¿Qué secretos tenian que confiar á aquellas agrestes soledades? Gaston y Laura no eran seguramente dos pastores de la Arcadia. El primero, durante tres años mortales que habia pasado muriéndose de fastidio en el castillo de sus mayores, habia tenido tiempo de sobra para cansarse de la poesia del idilio, y su pensamiento se hallaba muy distante de las frescas orillas de los arroyuelos.

Laura, por su parte, tampoco habia ido á Breñaña á respirar el aire embalsamado de las praderas y á que los blandos céfiros humedeciesen sus hermosos cabellos. En una palabra, los dos esposos sabian muy bien á qué atenerse sobre los sentimientos que les habian impelido á verificar su enlace. Recuérdese si no la frialdad que Gaston habia manifestado á Laura en su primera entrevista.

Cuando este obtuvo permiso para obsequiar á su futura, no se mostró ni más solícito ni más tierno cerca de ella. Cierto que no la amaba; mas aun cuando así hubiera sido, se habria librado muy bien de dejárselo notar, tanto por orgullo, como porque el temor de aparecer como un cortesano de la opulencia se le hubiera vedado. En cuanto á Laura el

amigo Gaspar la había curado radicalmente de sus hábitos romancescos. Gaston era marqués, y eso era todo cuanto necesitaba. De manera que para los dos jóvenes el matrimonio no había sido más que un negocio de conveniencia: las talegas y los pergaminos habían hecho, así de parte del uno como de la otra, las veces de la coquetería y de la seducción. ¡Dios mío! ¡Y eso que apenas tenían veinte años y la belleza y la gracia se habían repartido entre ellos!

Jóvenes ambos, y dotados los dos de prendas personales, podía muy bien suceder que, después de unidos, llegasen caminando por una pendiente irresistible á encontrar el amor que no buscaban. Quizá lo hubieran encontrado en la Trelade mismo. Pero Gaston estaba impaciente por realizar los beneficios de su alianza desventajosa, y Laura, libre ya de su crisálida, despojada de aquel apellido Levrault, que había envuelto su juventud como una mortaja, no aspiraba más que á ostentar delante del mundo su brillante metamorfosis.

M. Levrault, por su parte, no manifestaba menos impaciencia que su hija y que su yerno, ardiendo en deseos de elevarse á las altas regiones para las que creía haber nacido. Para entonces ya le aguardaba en París una casa magnífica, situada en la calle de Varennes. El ex-comerciante había vacilado entre la Chaussée d'Antin, el barrio de

Saint-Honoré y el de la Magdalena; pero la marquesa logró convencerle de que en ninguna parte debía enarbolar su bandera por medio de un golpe de genio y de audacia, sino en el barrio de Saint-Germain, y nuestro hombre se decidió á sentar en él sus reales. En efecto, ¿no era el pensamiento político del ex-mercader, el reunir dos clases, por largo tiempo divididas? Pues bien, para conseguirlo, preciso era empezar por ir á establecerse en el corazón de la aristocracia; ir á sorprenderla en sus últimas trincheras.

Era preciso que la casa de M. Levrault fuese una especie de red tendida sobre la orilla izquierda del Sena; una jaula dorada, á la cual irían á cantar más pronto ó más tarde los pájaros taci turnos de la legitimidad; un centro de fusión, á donde la nobleza y la industria se encontrasen diariamente y llegasen á reconciliarse. Si la marquesa reconocía en él un hombre cortado por el mismo patron que los grandes hombres de Estado, él reconocía en cambio en la marquesa, lo que entre la gente vulgar se llama una buena maestra. El bueno de M. Levrault había oído que todos los hombres eminentes en política tenían su correspondiente Egeria en la manga. ¡Qué mejor Egeria para él que la marquesa! Pero ¿consentiría esta en abandonar sus hábitos sedentarios? ¿Se resignaría á no habitar el gótico castillo, y á renun-

ciar á la sencillez de sus gustos y á la modestia de sus deseos? M. Levrault no se atrevia á esperar.

—El mundo, le decia la marquesa melancólicamente, no tiene ya atractivo alguno para mí. Toda mi ambicion estriba en terminar pacíficamente los dias que me restan en el fondo de mi valle solitario. Y, sin embargo, conozco que mi presencia en París no le seria á V. enteramente inútil. Hay momentos en que mi ternura se espanta, en que me acuso de egoismo, y en que no puedo ménos de preguntarme si el sitio que debo ocupar no es el hogar de la familia. Nuestra adorable hija es aun demasiado jóven para ocuparse en la administracion doméstica y para hacer con discernimiento los honores en un salon donde se apiñarán y se codearán todas las grandes figuras, todas las notabilidades de la época. Luego, tampoco es difícil que V., por su parte, al entrar en la vida pública, sienta más el vacío que le dejó la muerte de Mme. Levrault. No se alucine V., amigo mio; el sendero que va á abrirse delante de sus pasos, es un sendero escarpado, y lleno de precipicios. Si no trato de separarle á V. de él, es porque mi razon respeta los designios de la Providencia, y porque es preciso que todo destino se cumpla: la alondra oculta su nido entre los surcos, y el águila lo coloca en lo mas elevado de las rocas. Vaya

V. á donde su destino le llama y quiera el cielo que no necesite de una mano que le sostenga, y que enjague el sudor de su frente.

Y de allí á poco prosiguió con voz cariñosa: «Lo que sí desearia, es que en medio de sus trabajos y en la embriaguez de sus triunfos no se olvidara de que tiene una sincera amiga en las márgenes del Sevre; todos los años vendrá V. á verme con mis hijos, así que se cierren las cámaras. Si no recuerdo mal, queria V. comprar un castillo en la Bretaña; pero ya tiene V. uno que nada le cuesta. El de la Rochelandier es suyo, y exijo que de aquí en adelante lleve el nombre de *castillo Levrault*. Restauraremos sus almenas y sus torreones, y llevaremos á él todo el lujo de la Trelade, rescataremos además todas las tierras que pertenecieron á los antepasados de Gaston, y en una palabra, nada ahorraremos para restablecer el esplendor de aquel antiguo castillo, del cual es V. señor y dueño.

Conmovido hasta verter lágrimas, el ex-fabricante habia mandado al castillo de la Rochelandier, convertido ya en castillo de Levrault, todos los muebles, perros, carruajes y caballos de la Trelade, algunos dias antes de su marcha á París. El ex-mercader, que no habia podido perdonar á la Trelade su prosáica arquitectura, no se cansaba de admirar la fisonomía feudal que ofrecia su nueva habitacion: llamaba vasallos á los campesinos

nos, queria restablecer sobre las puertas todos los escudos blasonados de la familia, y habia momentos en que hasta se le figuraba que los retratos suspendidos en las paredes del salon se le daban cierto aire. En mi concepto, no le hubiera sorprendido gran cosa, si alguno le hubiese dicho que aquellos retratos eran los retratos de sus mayores.

Ahora bien, ¿y de qué manera habia de campañárselas para decir á la marquesa que fuese con él á París? Semejante empresa no hubiera podido ménos de asustar á un espíritu mezquino: mas para M. Levrault era asunto de poca importancia. Recuérdese si no con cuánta astucia habia obligado á la marquesa á darle su hijo por yerno! De consiguiente, supo manejárselas igualmente para llevarse á París á la madre de Gaston. En vano se atrincheró madame de la Rochelandier detrás de su pasion por la soledad, y en vano fué que opusiera su predileccion por la vida del campo; M. Levrault triunfó de todos los obstáculos y de todas las resistencias.

Quince días despues, una silla de postas tirada por cuatro caballos llevaba á París á Gaston, á su esposa, á M. Levrault y á la marquesa viuda de la Rochelandier.

XI

En un principio todo marchaba á las mil maravillas. Al ver á la marquesa con las manos en la masa, el ex-mercader se congratulaba cada vez más por semejante conquista, y cada vez comprendia mejor el inmenso partido que se podia sacar de ella. La marquesa, como es de presumir, fué desde los primeros dias la verdadera ama de la casa, sin que Laura se acordase siquiera de disputarle las riendas del gobierno. Gracias á sus desvelos, en todo el barrio de Saint-Germain no habia otra casa montada tan brillantemente como la de M. Levrault, cuya vanidad lisonjeaba en extremo madame de la Rochelandier, diciéndole que si habia desplegado tanto lujo y tanta magnificencia, lo hacia solamente por embellecer la morada de un hombre